



Flujos y Rutas

Movimiento que procede del mismo yacimiento

La DANZA es para quien está interesado en que le muestren diciendo de otra manera.

por Nury Gutes

Cada vez que me encuentro en espera para entrar a un espectáculo (generalmente danza) me siento tensa, un poco dislocada, a veces nerviosa, algunas veces compungida, no sé cómo explicarlo; me doy cuenta que estoy con miedo, que no estoy segura de querer entrar a mirar, es algo que viene dándose hace unos años, y me pregunto por qué.

Quizás hay otras personas que les sucede algo parecido, cómo saberlo; también he constatado que se vuelve bastante físico, se asemeja a un enredo en mi organismo que en algún punto duele, me aprieta y también me observa. Entonces me he creado un espacio para persuadirme de no temer, no temer a aquello que está creado para dislocar, para entrar en un juego que no siempre tiene las reglas muy claras, sobre todo porque la Danza nos enfrenta a aquellos que están ahí para mirar y apropiarse de decir y analizar, un algo parecido al concebir. El arte también nos mira interrogándonos a hombres y mujeres, es un entender a quien lo ha creado, la Danza es una criatura nueva que apenas abiertos los ojos ya enjuicia a su creador, lo observa y muchas veces lo responsabiliza. Parece algo natural, una transacción casi lógica, orgánica; siempre el arte de la Danza está en el lecho de un río, un fluir que revela o transmite, y alguien que adquiere y remite.

El que baila se aloja en un espacio donde conviven algunas veces risa o llanto, el estado tan nombrado de lleno y vacío, paz y guerra del comunicar. La Danza se transforma con un hombre/mujer o mujer/hombre; ambos manifiestan sin duda todo el eros de mover el cuerpo; el que necesita bailar se encuentra en el camino sinuoso de todo deseo, en su empeño de ir contra las leyes del lenguaje que conocemos: el hablar, el cantar, el recitar. Más allá de este decir conocido, el cuerpo que baila entra sorprendido a la Danza, impregnado por narraciones impensadas y lo hace con lo tantas veces pensado, es decir, el cuerpo.

El encuentro que tengo con la Danza es un encuentro igual al canto, igual al paisaje sonorizado, igual al manejo de espera y escucha, es un encuentro potencial, una suerte de encantamiento del yo cuerpo, yo vivo, yo nuevo.

Danza puede ser uno de los golpes que nos da el cíclope de la vida, un golpe de ojo, una cuasi mirada sorda, un ojo que busca y despilfarra obsesiones para mirar aún más el bailar, que se puede volver acto ciego y que, sin lugar a duda, hemos probado. Alguna vez nos hemos enceguecido por quien baila, y hemos enceguecido nosotros mismos por estar en una danza con resplandores agotados en sensorialidad, una verdad breve como todo deseo de verdad. Acto y presencia de las fases del bailar necesitan de hombres y mujeres; yacimiento y materia, algo así como puro presente.

Ahí donde aparece un hombre o mujer que se adaptan entre/contra sí o se apartan del mundo como norma, lugar y territorio humano por excelencia, ellos aparecen para incluirse y se vuelven umbral de posibilidad de hablar-bailar de yo a tú a otro; la Danza hoy se vuelve más molecular, más brumosa, se apacigua en la no forma, se introduce en un tiempo más atemporal, se agota de percepción; pareciera que la Danza por primera vez se mira a sí misma, pero, ¿la Danza tiene un sí misma?

Las bondades de un cuerpo desde antes del movimiento nos hace imprescindible volver a mirar, revelando aquello que más allá del lenguaje, sin las obviedades del decir, los vuelve danzantes cazadores de la mirada del otro, y la Danza supone casi siempre una cacería llena de asimetrías, va y viene, acecha y triunfa en bailarines, en espacios, en lugares escénicos, en pertinencias escénicas.

Aprendemos como humanos, bailamos con historias de historias, aprendemos con preámbulos, aprendemos aprovechando las continuas capacidades de volver a mirar lo que siempre hemos visto. La Danza es un cíclope que construye

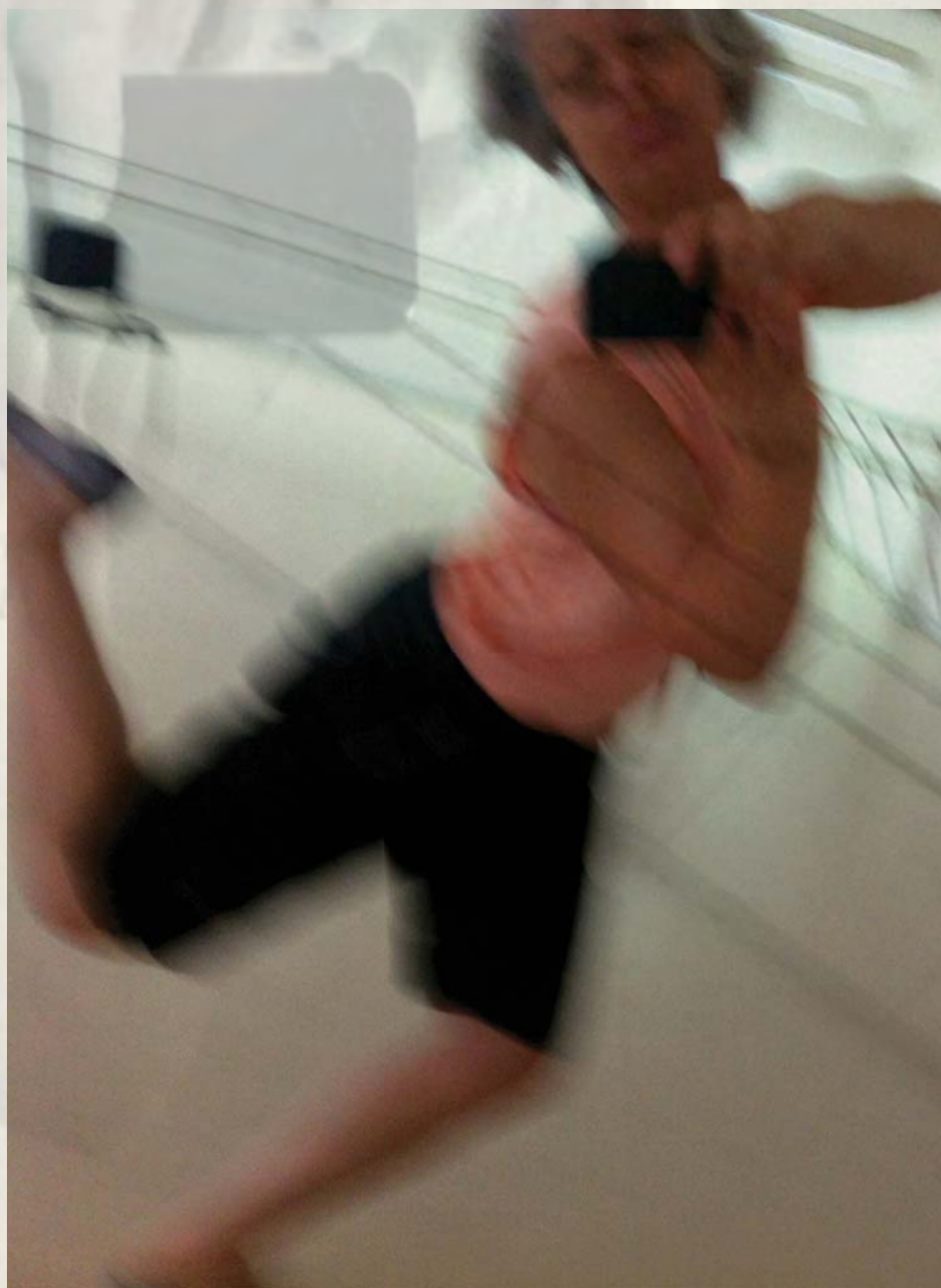
de manera monumental, no por su desmedida fuerza, todo lo contrario; *danza* es construcción débil que en su manifestación y premisa abre propósitos difíciles de apreciar si no está ahí el goce del movimiento; es un cuerpo que se moviliza en lo monumental, y es débil porque se modela siempre, porque sus pequeñas narraciones le hace fisgonear en los márgenes, en los bordes. Todas las medidas caben en la Danza de cualquier cultura.

Al movernos, danzando, bailando, amplificándonos, seleccionamos el equipaje que nos hace más grato cualquier viaje por cualquier cultura; imposible no mirar y admirar los acontecimientos y celebraciones de la vida. Aún no podemos aceptar el triunfo de vida o muerte sin que un cuerpo que baila no se transforme o no se regule en lo culturalmente impuesto, en la búsqueda de lo que el mismo cuerpo nos propone.

Ver danzar a alguien es un *hecho-acto* en sí cercano a la cacería, encierra una verdad intencionada hacia algo articular, lo constituye desde la forma, que es pura *consciencia* de lo que tiene adelante, y aplica gran intención para

un acto siempre nuevo y extremadamente enérgico, por muy sutil que parezca. Para una nueva cacería necesitamos a la comunidad con ojos atentos, ojos que miran cuando otro está haciendo, es decir, aprendiendo con el que baila es también *bailar y ver*. Ese que se mueve está transitando y, como un cazador tras su presa, va en busca de ni bueno ni malo, la cacería es parte de la historia. Con la Danza hemos creado un circuito que logra descifrar el hablar de los otros, y de esta manera nos preparamos para la cacería de lo que sólo puede ser mirado.

No sólo ver cómo se mueve el que baila, no sólo ver cómo lo ha construido, no sólo es presenciar lo vivo; más allá se mueve y más acá yo miro y caigo en cuenta de que observo ahí o allá o muy lejos, encontrando nueva ubicuidad, el otro baila, el otro se impone en mi mirada, y me hace partícipe, me hace tomar una parte, una zona atemporal y paradójica, rítmica y elemental y, sobre todo, tomar la parte presente,



que es también arte—técnica y distinción. Aprendo lentamente a distinguir si aquella persona que baila sabe lo que está en juego cuando se está moviendo, se las arregla con su propio cuerpo como texto y contexto, he visto que es el propio deseo de plasmar las acciones efímeras del cuerpo el que siempre baila, y pienso si es adecuado preguntar: *¿Qué está pensando?* *¿Por qué está bailando?*

Hablar de cuerpo se ha transformado en un modo de mirar y hablar y siempre preguntar. La Danza toma la mano de la ignorancia, no podemos saber qué es bailar; la Danza y el cuerpo se separan cada día más en geografías arbitrarias, instalándose para desaparecer más rápido que nunca, y para hablar de lo que muchas veces no hay y no sabemos que no hay.

¿Qué me produce ver un movimiento y otro movimiento y otro movimiento....? ¿A qué me induce estar mirando detenidamente un movimiento tras otro durante 40 minutos...? Hay lectura sin texto, hay mordeduras que nos despiertan, hay un animal siempre escondido detrás de las ideas prefiguradas, creadas sólo para ser miradas simplemente al desnudo. ¿Quién o quiénes están detrás de eso?

El que está bailando es sujeto, individuo, que según sus tiempos y lugares son personas que celebran, sujetos que se interrogan, individuos que se (in)tegran y (des)(in)tegran; primero pasiones, después conceptos, después ideas, decisiones, más allá nuevas

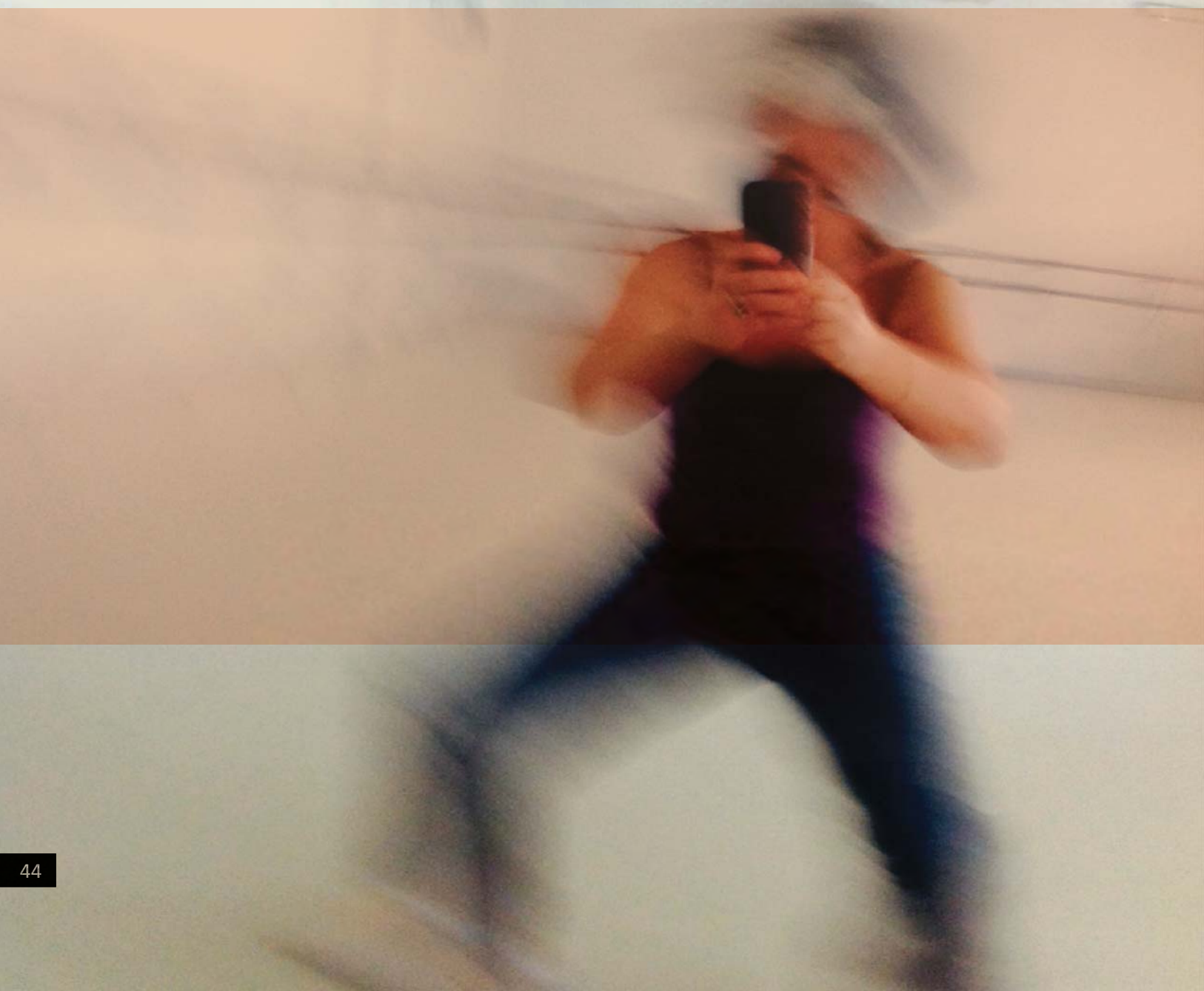
pasiones, acá imposturas y nuevas posturas argumentadas, toda la artillería del intelecto... Porqué no, todo el terreno está listo para ser tomado como cuerpo. Nunca cuerpo puro, cuerpo solo y rara vez cuerpo único; así aparece la imagen.

Siempre quise averiguar si ese sentimiento de universalidad en expansión con la Danza era puro impacto de juventud. Ahora creo poder distinguir los muchos envoltorios que componen estos pliegues expansivos; los matices de nuestra naturaleza siguen siendo oscuros y nos rigen asuntillos un tanto confusos, pero la Danza me ha permitido participar y ver cómo se fusionan locuras y corduras, todas embaucadoras del cuerpo que de tanto en tanto se vuelve *cuerpo social* en perpetuo movimiento.

Para eso está la Danza más que nunca, *para descifrar el mundo que le ha tocado vivir.*

¿Cómo se llegó a interpretar lo que nunca fue interpretado?

La Danza se integra cada vez más al mundo escénico, estético, político, síquico. Treinta años atrás pensaba que en la más rotunda soledad se podía bailar y punto, y así lo practiqué durante mucho tiempo, sin imaginar que años después propondría todo lo contrario, que el acto de bailar no es en absoluto un régimen de solitaria individualidad. Quien se mueve se expone, quien en soledad se muestra instalado se propone y se ofrece en movimiento para otro, siempre para otro, y se



tensiona junto a los cambios de la imagen de sí mismo.

Nos interesa cada vez más ver a un sujeto en aparente soledad y desconexión desde su antropometría de acciones, se asoma la imagen en nosotros, el interés de ver bailar se ha trasladado al interés de ver mover y que a su vez se ha trasladado a ver la imagen.

El que mira es un nuevo conquistador.

Los cuerpos en escena son lo más eficaz para situarnos, no hay mayor evidencia que un cuerpo ahí, en su claridad expuesta, como la calle misma; estoy por pensar que el momento mismo es el que me cuestiona, indaga en mí como un transeúnte. Entonces cuerpo pasaje, cuerpo parque, cuerpo umbral, cuerpo edificio, pero siempre un cuerpo empírico y a nuestra escala.

La energía de los bailarines sale de lo común, a veces me parece que la Danza es el sentimiento de la forma o una forma que encuentra una memoria privada anteponiéndose como cuerpo público que le permita existir. Hay frescura vívida en la visión de alguien moviéndose con gracia y placer, todo el material procede del mismo yacimiento, y para extraerlo sólo hay que introducir un juego del que sólo el que baila sabe algunas reglas, el resto, se debe resolver y digerir.

La Danza es la que se mueve como una inscripción que regenera algo antiguo al borde de ser olvidado. La Danza requiere

gran memoria pero no la banal que recuerda porqué la necesita, sino la memoria real, la que le induce a seguir, a continuar, a no parar, una real Gradiva.

La encrucijada de la Danza nos muestra diferentes modos, muchas veces no sabemos cuál tomar; la presencia colectiva que hace frente al presente disuelve toda violencia y por todos lados se gesta energía e imagen, más presente, más vivencia, más mundo.

Un lenguaje que *brota del cuerpo* es equipaje, ese que utilizamos según necesitamos, que nos permite viajar con cierta confianza y soltura en cualquier dirección; un equipaje que es puro lenguaje brotado, que es total ocupación del cuerpo, mientras sea posible ocupar el lenguaje como un equipaje íntimo sin olvidarnos de su nacimiento, plegado y replegado, como una constelación de ideas donde trasportamos el valioso entretejido de lo percibido.

Ciertos elementos de un equipaje emancipado han puesto al cuerpo en combates escénicos, que combinan y encaran la razón, las pasiones y el humor. Así nos vestimos cada día, cuerpo e impulso son un movimiento total que ocupa al cuerpo, sólo por eso vale la pena que le llamemos Danza.

La posibilidad de lo movable es un motor indomable, modular, que transforma constantemente la experiencia de un impacto inconmensurable. Moverse en acción compleja, para definir un aspecto de la vida, nos deja con efectos; pocas veces el



movernos nos deja inertes o indiferentes, mover es placer, es incógnita de los sentidos.

El cuerpo bailable, ideas blandas del equipaje con que transitamos, equipaje de carácter y principios. La danza contemporánea permite un nuevo tejido histórico del cuerpo sabiéndolo protagonista de la tragedia del hombre por saberse inmortal, y así se cambian las fechas en la historia, viajes masivos imprimen con lo antiguo lo nuevo, semisalvaje y semiurbano, y semitristes.

La mirada se involucra como un mirar múltiple, hoy la mirada al cuerpo es *fetichista, real y cambiante*, con todos los valores que la cultura le asigna, algunas veces demasiado carnal o demasiado abstracta o demasiado violenta o demasiado indiferente en su dolor; la mayoría de las veces demasiado simbólica. Los cuerpos en boga hacen brotar nuevas realidades, me pregunto si somos menos dogmáticos y más estéticos, ¿esto hace más evidente la transmisión de las ideas?



quién cae ?

Viajamos con palabras impensadas sobre el cuerpo del cuerpo, el lugar del cuerpo, el sitio del cuerpo, lo urbano en el cuerpo, es el tema del tema. Estamos viendo la mundialización del cuerpo, evidentemente más europeizado, que nos ha inyectado una sustancia demasiado viscosa. Salimos de un imperio oscuro y extremadamente ritualista para entrar en uno también temible que se impone por el mercado.

El movimiento está en una zona que ya no es mítica, carece de ritual porque la manera de afrontar el destino siempre nuevo no obedece a los dioses, no aceptamos ya que se nos imponga mover el cuerpo como en un viaje sin retorno, donde todo cuerpo hace el mayor esfuerzo de su existencia en lejana y fría curiosidad.

Me gusta imaginar a los griegos bailando para encausar mejor la comprensión de ese mundo elaborado y conquistado con tantos dioses como sucesos temibles hay.

Hoy estamos más solos que antes, más encadenados en los precios y presupuestos de un mercado fanatizado, un asunto de complejas administraciones y relaciones poderosas en la arquitectura artística.

Así y todo, los cuerpos que interpretan están presentes ya en la mecánica inaguantable de la danza individual, ¿esto es un falso ser? No lo creo en absoluto, el estar del movimiento en la Danza no es sometimiento, y las leyes de lo aprendido sólo navegan en espiral, no hay naufragio por el momento, el acierto es el tiempo y el que baila está perfectamente lúcido y su intrepidez caza la mirada furtiva. El cíclope mira por un ojo de tiempo único y expandido, es por eso que la Danza necesita a la persona convencida. 